EL ARZOBISPO DE SEVILLA

7 de abril de 2020

A todos los sacerdotes y religiosos con cura de almas de la Archidiócesis

Queridos hermanos y amigos:

Os llegará esta carta a la misma hora en que, en condiciones normales en el Martes Santo, estaríamos celebrando la Misa Crismal en la catedral, con la consagración de los santos óleos, ceremonia que cada año todos esperamos con ilusión y a la que acudís la mayor parte de los sacerdotes de la Archidiócesis. En ella recordamos la institución del sacerdocio y, en presencia de los diáconos, los seminaristas, las religiosas y una representación del pueblo fiel al que servimos, renovamos nuestros compromisos sacerdotales. Al mismo tiempo estrechamos los vínculos de comunión con los obispos y entre nosotros como miembros de un único presbiterio. Por razones obvias, este año no podemos celebrarla. La posponemos a la fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote el próximo 4 de junio, si Dios lo permite.

Tanto el señor obispo auxiliar como un servidor os recordamos con afecto y os damos las gracias por vuestro excelente trabajo. Os sabemos confinados en vuestras casas como consecuencia de la pandemia cruel que nos cerca y que tanto está haciendo sufrir a toda la humanidad. Os imaginamos muy cerca del Señor, dedicando muchas horas a estar con Él, *"el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra"* (Apoc 1,5), como lo confiesa san Juan en la segunda lectura de la Misa crismal. Él debe ser nuestra única pasión, el centro de nuestros pensamientos, el norte de nuestros anhelos, el bálsamo de nuestros sufrimientos, el nombre que nunca debería desaparecer de nuestros labios.

Nuestro ministerio es Él, porque es Él quien bautiza cuando nosotros derramamos el agua sobre los neófitos, quien perdona los pecados cuando nosotros absolvemos y es su cuerpo el que hacemos presente con nuestra palabra cuando celebramos la Eucaristía. Sin Cristo, nuestro ser y nuestro ministerio se desvanece y carece de consistencia. Necesitamos tratarlo sin prisas cada día. En la oración serena de cada mañana, en la adoración silenciosa ante el sagrario, Jesús aniquila nuestra soledad, nuestro individualismo y autosuficiencia, construye nuestra fraternidad sacramental, alienta nuestro ardor apostólico y llena hasta rebosar nuestro corazón y nuestra capacidad de amar.

Os imaginamos también muy cerca de nuestro pueblo a lo largo de la Cuaresma y en la Semana Santa, con grandes dosis de creatividad para servirles el alimento espiritual por los medios casi artesanales con los que contamos. Sabemos que os estáis desviviendo por los pobres, que han aumentado exponencialmente en estas semanas y que van a incrementarse mucho más en los próximos meses. Estamos convencidos de que con vuestra entrega incondicional estáis haciendo de vuestras parroquias islas de misericordia, de acogida y de fraternidad.

No estaríamos cumpliendo con nuestro deber, sin embargo, si además del ministerio de los sacramentos y de la caridad no levantáramos nuestros brazos intercediendo por nuestro pueblo y por toda la humanidad, pues como nos dice el autor de la carta a los Hebreos, "no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acudamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para el tiempo oportuno" (4,15-16).

Ante el Cristo, que la liturgia nos va presentar el Viernes Santo como "varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento… despreciado y desestimado" (Is 53,3), que conoce el dolor de la humanidad en esta hora, nosotros que tenemos como misión ofrecer sacrificios por nuestros propios pecados, así como por los del pueblo (Hbr 5,3) no podemos dejar en ningún momento la oración de intercesión para que Dios nuestro Señor se apiade de la humanidad y nos libere de la plaga que está generando en nuestro mundo un dolor inaudito, que hace solo dos meses no podíamos imaginar.

Las circunstancias tristísimas que estamos viviendo han suscitado en nuestro pueblo los sentimientos más nobles de compasión, cercanía, solidaridad y ayuda generosa, sintiéndonos un pueblo unido por la fraternidad humana y cristiana. Se dice, y es verdad, que ha aflorado lo mejor de nosotros como pueblo. Nos esperan, sin embargo, tiempos muy duros una vez que desparezca la epidemia, que ojalá sea pronto. Dios quiera que no desaparezcan estas actitudes. Urgidos por el amor de Cristo, hagamos todo lo posible para que estos valores plenamente cristianos no se amorticen. Contribuyamos desde nuestras comunidades parroquiales al restablecimiento de nuestra sociedad hundida y deprimida. Es hermosa la tarea que nos aguarda.

Os encomendamos a todos a la protección maternal de Santa María, la buena madre de los sacerdotes, que cuidó con solicitud de Jesús, el sumo y eterno sacerdote, y que ahora cuida con la misma solicitud de los hermanos de su Hijo. Ella es la madre de nuestro sacerdocio. Que ella proteja a nuestros laicos, a nuestros consagrados y seminaristas. Que ella guarde a los sacerdotes, muy especialmente a los ancianos y enfermos, al obispo auxiliar y al arzobispo. Que ella apoye y acompañe nuestro ministerio y custodie con su amor nuestra fidelidad.

A pesar de todo, feliz y santa Pascua. Cuidaos. Un abrazo fraterno y nuestra bendición.

+ Juan J. Asenjo
Arz. de Sevilla

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla